

CLUB DEL MISTERIO

AYLWIN LEE MARTIN



**DIVERSION  
MACABRA**

**20**

Floyd Anthony estaba abrumado por múltiples preocupaciones. Decidió olvidarlas en un parque de diversiones. Subió a dar una vuelta en la "vuelta al mundo". Cuando el giro tocó a su fin, Floyd Anthony estaba muerto. La rueda iluminada siguió girando: llevaba una carga macabra. Entre las sombras –cercanas o lejanas– se movían expectantes tres mujeres: Nola Kent, Eulalie Vargas y Joyce Paget. Junto a ellas estaban los hombres que eran sus acompañantes, sus amantes... sus cómplices, quizá. En el parque de diversiones, mientras el cadáver de Floyd Anthony seguía dando la "vuelta al mundo", también la muerte hacía su paseo en un *carrousel* enloquecido de rostros de mujer.

## ORDEN DE APARICIÓN

### *de los personajes*

JAKE GARNETT, dueño de un parque de diversiones

FLOYD ANTHONY, bueno, su cadáver

MAMIE, la obesa mujer del señor Garnett

JOE, un carterista (como los de aquí)

HOMER ASELIN, un policía comprensivo... a ratos

SARGENTO CONLEY, su inefable asistente

MATT HUGHES, un elegante picapleitos

JERRY O'BRIEN, que, a veces, ayuda a Hughes

EMILY PORTER, joven (y bella) secretaria de Hughes

ARNOLD KENT, un millonario... tímido

NOLA KENT, su osada esposa

JOYCE PAGET, además de bella es desenvuelta

MARY O'BRIEN, esposa de... O'Brien

EULALIE VARGAS, ¡qué chilena!

MILES HAMISH, un tahúr escurridizo

OLIVER ST. JULIAN, matón, ambicioso, afeminado, desdichado

## CAPÍTULO 1

Hacia varios meses que el parque de diversiones ocupaba esa esquina. La feria era lo que quedaba de un importante espectáculo, y estaba haciendo su último esfuerzo porque estaba demasiado vieja y descalabrada para volver a mudarse. Había una pequeña "vuelta al mundo", una calesita con sólo dos melodías en su órgano mecánico, una galería de tiro, y varios quioscos donde los juegos de azar eran anunciados por hombres y mujeres ya envejecidos y de mirada dura.

Algunos años atrás, en esta parte de la ciudad había habido un importante campo petrolífero y un bosque de estructuras de madera de las cuales una sola se mantenía en pie. Entre los terrenos de la feria y la vereda, erguido a mayor altura que la rueda de la "vuelta al mundo" y a una distancia de ella que no pasaba de los siete metros, este último representante de una época ida montaba guardia sobre el último pozo en funcionamiento, del que todavía se bombeaba petróleo día y noche. Y aunque la niebla de esa noche suavizaba y oscurecía en parte la tosca estructura sin pintar, ésta parecía tan incongruente como un hombre sin nada más que ropa interior de franela roja y sombrero de copa en una calle céntrica al mediodía.

Dos de las otras tres esquinas del cruce de calles estaban ocupadas por estaciones de servicio. Junto a una de ellas había un restaurante que permanecía abierto toda la noche. Las manecillas del reloj de pared del local marcaban las nueve menos tres minutos.

En la cuarta esquina la marquesina profusamente iluminada de un cinematógrafo proyectaba su resplandor sobre la vereda. Había poco público, y la muchacha de la boletería tuvo tiempo de fijarse en una figura delgada, vestida con un piloto de color castaño con el cuello levantado, pantalones oscuros, zapatos negros y sombrero negro de fieltro, que cruzaba la calle desde la feria y que se detenía en la vereda un poco por fuera del límite de la franja de luz, con la espalda vuelta hacia el cinematógrafo. Lo miró con curiosidad, preguntándose qué sería lo que él contemplaba con tanta atención en la esquina del parque de diversiones. Decidió que debía de tratarse de la "vuelta al mundo", que giraba lentamente y que, desde la cabina de la boletería, resultaba apenas visible a través de la niebla.

Una mujer baja y gorda, con un niño de la mano, se acercó a la abertura practicada en el cerco de madera que rodeaba a la "vuelta al mundo", donde Jake Garnett se encontraba frente al par de palancas con las que hacía funcionar la rueda.

–Quiero subir a la rueda, mamá –chilló la criatura.

–¡Cállate! ¿Para qué crees que te traje?... ¿Nada más que para mirarla?

Depositó dos monedas en la mano extendida de Garnett. Jake Garnett era un hombre alto, delgado, de edad que oscilaba entre los cincuenta y los sesenta años. Bajo las cejas de color arenoso la mirada de sus ojos azules desteñidos parecía incierta y evasiva. Una larga nariz torcida se proyectaba sobre un bigote desprolijo y manchado de tabaco. Usaba unos pantalones indescritibles, una vieja chaqueta de cuero y un sombrero de fieltro negro de alas tiasas y copa alta. Miró las monedas tristemente, las guardó en su bolsillo, y volviendo la cabeza escupió un

chorro de jugo de tabaco. Entonces accionó una de las palancas.

La rueda disminuyó la velocidad y se detuvo cuando la cabina abierta, ocupada por un hombre con un Stetson de color crema, llegó abajo. El asiento quedó allí, suspendido entre los aros gemelos de acero de la rueda, con el soporte para los pies a pocos centímetros del suelo. Desde el lugar donde la mujer y el niño se encontraban, junto a Garnett, el hombre parecía estar durmiendo con el mentón sobre el pecho. Las otras cabinas estaban vacías.

—Con tantos asientos vacíos —preguntó la mujer con tono hostil, mirando a Garnett— ¿por qué tiene que ponernos a Jimmy y a mí con un borracho?

—Cálmese, señora —respondió él—. Este caballero se va a apeaar —y le gritó al hombre que ocupaba la cabina—: ¿Vas a bajar ahora, Floyd?

El ala ancha del sombrero ocultaba el rostro del pasajero. No contestó.

Garnett sacó un grueso reloj de plata del bolsillo de su pantalón y lo consultó.

—Van a dar las nueve —anunció.

El hombre no se movió.

Garnett esperó un momento, y entonces se encogió de hombros.

—Muy bien; si lo deseas, sigue durmiendo. No molestas a nadie, y tu amiga todavía no ha llegado. —Entonces agregó, dirigiéndose a la mujer—: Haré bajar la cabina opuesta.

Empujó una de las palancas hacia adelante. La rueda se sacudió, y la cabina ocupada se balanceó bruscamente hacia atrás y luego hacia adelante. Arrancado de su posición, el hombre se desplomó lentamente, como un bulto de ropa vieja, contra la barra de seguridad que tenía adelante. Con un juramento ahogado Garnett tiró rápidamente de la segunda palanca y la rueda se detuvo. Se acercó a la cabina, seguido por la mujer, que ahora, picada por la curiosidad, seguía arrastrando al chico Garnett le echó

una mirada a la figura caída. Se puso rígido y su rostro palideció intensamente.

El hombre estaba salido a medias del asiento, sostenido por la barra de seguridad contra la que se apoyaba su hombro. La cabeza, echada hacia atrás, dejaba al descubierto la garganta, tétricamente roja, y el cuello y la pechera de la camisa empapados en sangre. Mientras los tres, Garnett, la mujer y el niño, lo miraban desconcertados y con las pupilas dilatadas, el Stetson de color crema cayó de la cabeza del hombre al piso de la cabina. La sangre lo salpicó.

Así permanecieron durante un segundo, paralizados por la sorpresa; entonces la mujer, con los nudillos de su mano libre apretados contra la mejilla, chilló una y otra vez.

Garnett le habló a la mujer con tono cortante, pero eso resultó tan efectivo como tratar de hacer callar a un órgano de vapor con palabras. Ella tenía la boca abierta, sus ojos vidriosos estaban clavados en el cuerpo, y gritaba. Garnett le pegó una bofetada, suavemente, pero no obtuvo ningún resultado. Volvió a golpearla con fuerza. El impacto la sacudió, y ella se calló. Sus ojos perdieron la vidriosidad y empezó a sollozar ruidosamente. El chico gemía; las lágrimas surcaban sus mejillas sucias, y su mano seguía aferrada a la de su madre. Le pegó un puntapié a Garnett en la canilla.

Del otro lado de la calle la figura con el piloto de color castaño y el sombrero de fieltro negro se apartó del cordón de la vereda y se acercó a la boletería del cinematógrafo. Una mano enguantada depositó un billete sobre el plato metálico de la ventanilla.

La muchacha levantó la vista y dijo:

—Me gustaría saber qué significan todos esos chillidos, allí enfrente.

El ala del sombrero caía sobre los ojos del hombre, ocultándolos. Ella sólo alcanzó a ver un rostro de tono arcilloso y un fino bigote negro sobre los delgados labios apretados. Esperó que él dijese algo. Cuando vió que permanecía en silencio se encogió de hombros y apretó un botón de la máquina registradora. "Un marica", pensó despectivamente.

Él recogió el vuelto y la entrada que había salido del mecanismo automático y entró a la sala.

Todo el público del parque de diversiones se había apretujado junto al cerco de madera que rodeaba a la "vuelta al mundo", y se esforzaba por ver al hombre muerto. Una mujer de busto gigantesco, cuyo cabello teñido parecía una sogá de cáñamo deshilachada, se abrió paso entre los curiosos hasta llegar al cerco.

—Mamie —le dijo Garnett—, vete al restaurante y llama a la policía. Y tú, Joe —le ordenó a un tipejo de ojos tristes y cara afilada y puntiaguda como la de un hurón—, colócate de este lado del cerco y ayúdame a mantener alejada a la gente.

Joe obedeció las instrucciones, pero Garnett no necesitaba ayuda. Todos podían ver lo que les interesaba, y nadie quería acercarse a ese ser ensangrentado que estaba en la cabina de la rueda. Después de algunos momentos, y sin que Garnett lo viera, el hombrecillo de ojos tristes se alejó bordeando el cerco, trepó por la parte trasera del mismo, cuando llegó al límite de la muchedumbre, y desapareció en la niebla.

La mujer gorda estaba sentada en una silla que alguien le había alcanzado y lloraba silenciosamente. El niño se acurrucaba junto a ella, con una mano apoyada sobre su gordo y fofo muslo enfundado en el pantalón azul.

## CAPÍTULO 2

Jake Garnett estaba sentado frente al capitán de detectives Homer Aselin, de la División de Homicidios de Hollywood, en la misma oficina de Garnett. Esta era una casilla de madera de una sola habitación, situada detrás de la casita. El mobiliario consistía en un escritorio desvencijado, un sillón giratorio y dos sillas de cocina de madera. Una lamparita eléctrica colgada del techo lanzaba su luz sobre ellos. Sobre el escritorio había un objeto envuelto descuidadamente en un amplio pañuelo.

Afuera, las luces de la feria habían sido apagadas. Los hombres de Aselin habían terminado de interrogar al personal del parque de diversiones, y a los escasos visitantes que no se habían escabullido antes de la llegada de la policía. Éstos formaban un pequeño grupo de hombres y mujeres silenciosos, que esperaban fuera de la casilla el permiso para retirarse. Los reporteros habían llegado y se habían ido, con excepción de dos que querían interrogar a Aselin cuando éste terminase con Garnett.

El cadáver había sido examinado por el forense, y trasladado a la morgue, donde se le practicaría la autopsia y se lo retendría hasta que fuese reclamado. Si nadie lo pedía después de un tiempo razonable, entonces... bien, entonces sería otro de los cadáveres sin dueño que iban a la facultad de medicina para ser disecados.

El capitán Homer Aselin tenía un rostro liso, era flaco como una garrocha, y recio como un pasador de juego. Se vestía elegantemente y hablaba con tono bajo, pero claro

y cortante. Estaba sentado en el sillón giratorio, detrás del escritorio, e interrogaba al encargado de la feria:

–¿Usted es el dueño del parque?

Garnett hizo un gesto afirmativo.

–¿Gana dinero?

–Casi siempre como con regularidad –dijo lacónicamente. Sus ojos se pasearon de Aselin al sargento Conley, un hombre musculoso, de miembros fuertes y cori una áspera cara rubicunda, que estaba sentado en la otra silla.

–¿Cuánto hace que conocía al muerto? –inquirió Aselin después de una breve pausa.

La mirada de Garnett volvió a Aselin.

–Con intervalos, desde hace aproximadamente quince años –respondió.

–¿Floyd Anthony es su verdadero nombre?

–No lo conocí por otro.

–¿Dónde vivía?

–No lo sé. Esta noche lo vi por primera vez en muchos años.

–¿Qué estaba haciendo aquí?

–Me dijo que tenía una cita en la feria con una mujer, a las nueve.

–¿Ella vino?

–A las nueve estaba muerto –contestó Garnett, encojiéndose de hombros.

–¿Cómo lo sabe? –preguntó Aselin, y su mentón se levantó una fracción de centímetro.

–Apareció de la nada aproximadamente a las ocho o las ocho y cuarto. Estaba dopado. No mucho, pero hablaba un poco torpemente. Me preguntó si tenía dónde ponerlo a dormir hasta que se le pasara. Acá no hay ningún lugar donde dormir, excepto el suelo, y se lo dije. Él me contestó que subiría a una cabina de la “vuelta al mundo” y descansaría en ella. Se lo permití.

Aselin estudió eso durante un momento, y entonces le recordó a Garnett:

–Eso no explica cómo supo que estaba muerto a las nueve.

Garnett miró al detective con una expresión indescifrable.

–Antes de subir a la rueda me pidió que lo despertase a las nueve –manifestó–. Según, mi reloj eran las nueve cuando intenté hacerlo bajar, y entonces estaba muerto... de eso no cabe ninguna duda.

Aselin miró a Conley, y éste intervino:

–El forense dice que no hace más de una hora que el tipo está muerto.

Aselin hizo un gesto de asentimiento y le preguntó a Garnett:

–¿Anthony estaba bajo los efectos de una droga?

–Siempre las usó –respondió Garnett, después de un fugaz titubeo–. Quizás hoy estaba cargado.

–Sí, era un adicto –confirmó Aselin. Pensó un momento –. ¿Quién era la mujer que llamó al Departamento?

–Ésa fue Mamie.

–¿Y quién es Mamie? –inquirió Conley.

–Es la mujer gorda de pelo rubio –contestó Garnett, sin mirarlo–. Es mi esposa.

–La rubia de las grandes... –Conley se interrumpió cuando el dueño de la feria lo miró fríamente.

–Sí, es ella –dijo Garnett–. Me gustan así.

Conley frunció el ceño, y se afirmó con más fuerza en su silla.

Aselin colocó una mano delgada y nerviosa sobre el escritorio, y la miró brevemente antes de preguntarle a Garnett:

–¿Quién es la mujer con la que tenía la cita Anthony?

–No me lo dijo.

–¿Usted no sospecha quién puede ser?

–Hacía varios años que no veía a Floyd hasta esta noche –contestó Garnett, meneando la cabeza–. No sé nada acerca de sus mujeres.

–¿Quién era Anthony? ¿A qué se dedicaba?

Garnett lanzó un chorro de jugo de tabaco en una lata vecina a su silla.

–Cuando lo conocí viajaba con una feria ambulante, haciendo de todo un poco –explicó, y se limpió los labios con el dorso de la mano.

–¿Cuál era su especialidad?

–Levantaba cualquier cosa que no estuviese clavada. No era muy inteligente. Todo lo que tenía era una facha atractiva. Siempre andaba a la pesca de alguna mujer con dinero que tuviese la suficiente falta de sentido común para dejarse enredar por su físico. Y encontraba muchas candidatas. A veces era la amiga o la esposa del patrón. Para Floyd eso no tenía importancia, con tal de que tuviese dinero –hizo una pausa, y escupió el trozo de tabaco que tenía en la boca.

–Continúe. Cuéntenos más –dijo Aselin, al ver que Garnett no volvía a hablar.

Garnett se encogió de hombros con indiferencia.

–Durante un tiempo trabajó con un prestidigitador, y alguien le enseñó a hacer juegos de escamoteo. Luego se unió con un espectáculo que se presentaba en todas las ciudades rurales de Kansas y Nebraska. Hacía un poco de prestidigitación y un monólogo que debía ser gracioso, pero que no lo era. Apestaba –su tono cambió, y habló con amargura y desprecio–. Floyd nunca permanecía mucho tiempo en una feria. Era un granuja... pero tonto. En un par de ocasiones lo echaron a puntapiés, pero siempre conseguía entrar en otro espectáculo. Desapareció por un tiempo, y dejó el negocio de las ferias. Cuando volví a saber de él formaba la mitad masculina de una pareja de bailes que se presentaba en clubes nocturnos y hoteles... lugares de categoría. Estaba casado con su compañera de trabajo. Ella bailaba bien. Él no, pero se arreglaba con su físico.

–¿Qué ocurrió con ese número?

–No lo sé. Me contaron que él y la chica se separaron hace aproximadamente cuatro años.

–¿Qué se hizo de ella?

–Nunca lo supe.

Aselin estudió pensativamente a Garnett durante un momento, y luego miró a Conley. Con la yema de un dedo tocó el objeto envuelto en el pañuelo que estaba sobre el escritorio. Conley se puso de pie. Desplegó cuidadosamente la tela y dejó al descubierto un cuchillo de doble filo, con una hoja ancha y un mango recto y vulgar. Los dos bordes de la hoja tenían un filo de navaja, lo mismo que la punta. En la hoja había manchas pegajosas y salpicadas de arena cerca de la empuñadura, en tanto que la punta y seis centímetros de acero situados encima de ésta se mantenían limpios.

–Usted me vió levantar esto del suelo, debajo de la “vuelta al mundo” –dijo Aselin, mirando fijamente a Garnett–. ¿Alguna vez lo vió antes?

El dueño de la feria se tomó su tiempo antes de contestar.

–No, pero he visto docenas de otros iguales.

Conley se puso rígido, y la voz de Aselin restalló como un latigazo.

–¿Dónde?

–Ése es un cuchillo para lanzar –explicó Garnett.

–¿Un qué?

–Un cuchillo para lanzar... como los que usan los lanzadores profesionales.

Los ojos de Aselin taladraron los de Garnett.

–¿Dice esto porque el cuchillo estaba clavado en la tierra cerca del cuerpo de Anthony, o porque sabe verdaderamente de qué está hablando?

–Un número de lanzamiento de cuchillos es un éxito con los patanes en cualquier lugar. He tenido a muchos lanzadores trabajando en mi feria, y conozco los cuchillos que usan. Éste es uno de ellos.

Aselin pareció convencido. Se echó contra el respaldo de la silla y miró el arma.

—De modo que fué *lanzado* contra Anthony —murmuró, como si estuviese pensando en voz alta—. Un filo de la hoja le hizo un tajo en el cuello y cortó la yugular. Si lo hubiese alcanzado la punta el cuchillo habría atravesado la tráquea y penetrado en el cuello hasta las vértebras... e indudablemente se habría quedado ahí. Pero en lugar de eso, lo cortó y siguió su marcha, para caer de punta en la tierra —los ojos de Aselin abandonaron el cuchillo y se encontraron con los de Garnett—. ¿No dijo usted que dormía con la cabeza caída hacia adelante?

—Sí, cada vez que lo miraba, tenía el mentón sobre el pecho.

—¿Lo miró durante todo el tiempo?

—No había ningún motivo para que lo hiciese.

—¿Oyó a alguien que gritara su nombre?

—No.

—Sin embargo, alguien lo hizo... con bastante fuerza como para despertarlo y hacerle levantar la cabeza.

Garnett no contestó nada.

—¿Detuvo la rueda por algún motivo después que Anthony subió a ella?

—No.

—¿Anthony era el único pasajero?

—Sí.

—¿Alguien se acercó a la rueda mientras Anthony estaba en ella?

—Nadie pasó de la calesita, en dirección a la rueda, hasta que llegaron la mujer con los pulmones de bronce y su chico.

—¿Había clientes en la calesita?

—Algunos.

—¿Se fijó en ellos?

—Un par de mujeres y un hombre. Quizás otros. No estoy seguro.

—¿Alguno de ellos podría haber lanzado el cuchillo desde la calesita?

—El asesino tuvo que lanzar el arma mientras Floyd se acercaba a él. La rueda gira en dirección contraria a la calesita.

La expresión de Aselin demostró que apreciaba este hecho. Decidió que el bigotudo dueño de la feria no era nada estúpido.

—¿Y desde la vereda? —inquirió.

—Nadie podría haber lanzado el cuchillo desde la vereda sin que lo viesan —afirmó Garnett—. Además, es un trayecto muy largo para lanzarlo contra un blanco en movimiento y acertar —meneó la cabeza—. No, los mejores lanzadores de cuchillos que conozco no podrían haberlo hecho.

—¿Entonces, por su experiencia, usted deduce que el asesino debe de haber estado bastante cerca de la rueda?

Garnett hizo un gesto de asentimiento.

—El pozo de petróleo está a sólo siete metros de la “vuelta al mundo”. Eso significa que permaneció debajo de la estructura, lejos de la luz. Con la niebla habría resultado difícil verlo, ¿verdad?

Garnett repitió el gesto afirmativo.

—Aun para ser de tan cerca, fué un lanzamiento muy hábil —comentó Conley.

—El asesino no tuvo que apuntar a la garganta de Floyd. Si hubiese recibido el cuchillo en el vientre o en el pecho habría quedado igualmente muerto —respondió Garnett con tono cansado.

—Efectivamente —asintió Aselin—. El blanco era el cuerpo de Anthony, y no sólo su garganta. ¿Usted se acercó al pozo en algún momento?

—No abandoné las palancas de manejo ni un momento.

Ante una seña de Aselin, Conley volvió a envolver el arma en el pañuelo, y la guardó en el bolsillo interior de su